

# VESTIGIOS de la Grandeza del Pueblo QUICHE

DANIEL BASAURI, S. J.

**E**N los pueblos lo mismo que en los individuos, lo último en que generalmente se manifiesta la desgracia y la ruina es en el vestido.

Po lo que hace a la región del Quiché, podemos asegurar que esta afirmación tiene exacto cumplimiento.

Ya nada queda en ella de aquéllos famosos palacios de que nos habla Juarros (1), con sus diversos departamentos, sus lugares de juego, crianza de aves curiosas, baños, castillos para la defensa de la corte y del reino.

Todo se vino al suelo con la llegada de Alvarado, quien mostrando tener una alma bien poco sensible, ordenó destruir hasta sus mismos cimientos a Utatlán, capital del Reino.

Desde entonces el majestuoso valle del Quiché, permanece silencioso, no advirtiéndose en los campos, sino a algunos taciturnos indígenas, que cuidan sus milpas, labran sus pequeños terrenos, o recogen sus cortas cosechas. En los caminos, se ve de vez en cuando a alguna hilera de hombres, que llevan a los pueblos sus cacharros de barro, para venderlos y comprar los alimentos que necesitan.

---

(1) *Compendio de la Historia de la Ciudad de Guatemala. T. I, págs. 72—73.*

La población de la capital, que a la llegada de los conquistadores, tenía según dicen, hasta 300.000 habitantes, hoy no conserva otra importancia que la de ser cabecera de departamento.

Pero asomémonos un día domingo a la plaza de Chichicastenango, detengámonos en el atrio del templo y examinemos a los que entran o salen de él y una nota de alegría, eco sin duda de otra cuyo origen se remonta a épocas lejanas, viene a impresionar nuestra alma; los vistosos colores de los trajes de los hombres, su gracioso corte, y sus simbólicos adornos, llenan nuestra vista, trasladando nuestro pensamiento a otras civilizaciones que se pierden en las obscuridades de la historia.

El traje del Quiché, —algunos sobre todo— de los que haremos especial mención, son elegantes y alegres al mismo tiempo, y más que de días de aflicción, nos hablan de gozo y de triunfo.

El viajero que ha visitado España y conoce el traje popular de Aragón, no puede menos de sorprenderse al ver la rara semejanza existente entre el vestido que se usa en aquella región y el que emplean los indios del Quiché.

Al encontrarse entre éstos la primera pregunta que inmediatamente asalta al visitante es la siguiente: ¿No será éste, algún vestido reciente, traído o puesto por los españoles para adecentar a los indios?

¿Este corte de traje no habrá tenido por modelo el de los aragoneses?

Así lo han creído algunos; pero los estudios realizados últimamente, no permiten dudar de que este vestido sea anterior a la llegada de los conquistadores, y de que por lo tanto es enteramente autóctono, siendo dicha vestimenta un índice muy valioso de la grandeza y esplendor que en otro tiempo reinaron en este pueblo.

Esto lo dan a entender los dibujos bordados que llevan los varones, en perfecta consonancia con la mitología indígena y con los diversos oficios y dignidades que ellos observan y veneran; así sobre todo lo demuestran los descubrimientos arqueológicos realizados estos últimos años en las ruinas de Uaxactún, por la Institución Carnegie de Washington, cuyos miembros tuvieron la fortuna de hallar en este lugar un fresco, muy anterior al tiempo de la conquista, cuyos figuras humanas están ataviadas con un traje de corte y decorado exactamente igual al que hoy usan estos indios.

La prueba pues no deja lugar a duda.

Por otra parte, si leemos lo que nos dice el célebre historiador, Bernal Díaz del Castillo, en sus interesantes relatos de la Conquista de México y Guatemala, veremos las ricas prendas que usaban los naturales, y las artísticas labores que acostumbraban hacer.

«Y después de muchos acuerdos que tuvo (Moctezuma), dice este historiador, envió seis príncipes con un presente de oro y joyas de mucha diversidad de hechuras, que valdría a lo que juzgaban, sobre dos mil pesos, y también mandó ciertas cargas de mantas muy ricas e primas labores». (1)

En la visita que hicimos al Quiché, llamó poderosamente nuestra atención, el traje masculino, del que conseguimos abundantes fotografías, llegando nuestra curiosidad hasta el punto de visitar los pequeños talleres en que los indios tejen sus telas y cosen sus trajes.

El que se usa en Chichicastenango, además de ser sumamente bello y airoso, reúne las otras condiciones que le hacen práctico en aquella región algo fría; sus piezas principales que antiguamente se hacían únicamente de algodón, hoy son de lana, de color negro, aunque interrumpiendo este fondo con dibujos de color rojo y amarillo, y rematándolo todo el zut o zute que aporta virilidad y presancia a la persona.

El traje de los hombres de esta localidad, se compone de chaquetín y pantalón cortos, de color negro natural, materia que la obtienen de las ovejas que allí son muy numerosas.

Obtenida la lana, ellos mismos la cardan, hilan y tejen, por procedimientos primitivos y en extremo elementales.

El uso de la camisa data de hace muy poco.

Anteriormente era un motivo de orgullo para esta gente, mostrar el ombligo, en el vértice del triángulo que forma por delante el chaquetín con la falda, siendo esta la razón de la denominación que estos indios reciben de los de otras regiones: Tzontzot muxuz: ombligo frío.

Hoy acostumbran a llevar camisa o totalmente blanca o con rayas, que al servir de fondo al color negro del traje hace resaltar más la vestimenta.

Los pies los llevan calzados con sandalias de cuero, yendo las mujeres ordinariamente descalzas.

Vengamos a las diversas piezas de este interesante vestido.

La chaqueta usada por los indígenas de Chichicastenango, es muy vistosa; sus piezas forman por la parte delantera una abertura en ángulo, con el vértice bastante hacia abajo, y un ligero cuello en la parte posterior.

Esto es por decirlo así, lo común y fundamental de esta pieza; sobre ella van artísticos bordados con hilos de distinto color y colocados en diversa posición según la categoría a que pertenece el que la lleva o la dignidad que representa.

---

(1) *Verdadera y notable relación del descubrimiento y conquista de la Nueva España y Guatemala por Bernal Díaz del Castillo. T. I, Cap. LXXXV.*

Así por ejemplo los Astrólogos, llevan en la parte anterior la figura de un sol radiante, bordado con hilos de seda de color rojo y anaranjado, en cuyo centro va una pequeña placa de oro en forma de moneda circular, siendo ellos los únicos que además del sol llevan sobre sus hombros, en las extremidades de los puños y parte inferior del chaquetín, bordados azules en forma de zig-zag, representando el rayo, y por los flecos que cuelgan de la parte trasera de la chaqueta, la lluvia.

Los sacerdotes, y oradores usaban exclusivamente bordados de colores rojo y anaranjado, dos de los cuales partiendo de los costados hacia la garganta se arrollaban en espiral a la altura del pecho. Las mismas espirales las llevaban en los puños. Por las primeras se quería significar el don de la palabra, por la segunda el de la acción que debe acompañar a la primera. (1)

Pantalones: Estos no les cubren sino de la cintura a la rodilla. A los dos lados de las piernas en forma de aletas, van dos pabellones de la misma materia del resto del pantalón, éstas se extienden desde la cintura hasta la parte media del muslo, con una ligera inclinación hacia adelante.

En estos pabellones van bordados en cada uno un sol, diferente según el individuo pertenezca a cada una de estas tres clases: vejez, virilidad o niñez.

Los que pertenecen a la 1a. clase, llevan en cada pabellón un hermoso sol bordado con cintas de colores: blanco, rojo y anaranjado, amén de esplendurosos rayos y a veces de lenguas de fuego.

En los contornos tiene dibujos de ramas y flores de los más variados colores: rojo, anaranjado, amarillo, verde y azul, siendo los ribetes terminales del mismo borde del pabellón, de color rojo.

Este sol bordado en la forma dicha, sólo lo emplean los hombres entre los 25 y los 60 años.

Los de la 2a. clase, llevan en cada uno de los pabellones dos soles, uno debajo del otro y a veces puntos bordados de seda roja que representan las estrellas en la noche, significada esta última por el negro del pabellón dando a entender con estos dos soles, la dependencia que tienen de sus mayores.

Los de la 3a. clase —la niñez— en los pabellones llevan una cruz debajo de un pequeño sol, representando esta cruz una vida que se inicia bajo la protección del astro-rey.

Zut: Una de las prendas que más gracia imprime al ya vistoso traje del indio de Chichicastenango, es el zut o zute, lienzo con que cubren los indígenas su cabeza.

---

(1) No pocos de estos datos los tomamos del interesante libro intitulado «Simbolismo de Guatemala» por Flavio Rodas Corzo. Guatemala, Tip. Nac. 1938.

Está hecho de algodón, siendo su color fundamental, blanco o rojo.

Lleva el zut diversos bordados de variados colores: rojo, anaranjado, amarillo, verde y cuando el bordado es de seda, también de violeta.

Banda: Esta es bastante ancha, de color rojo, hecha de algodón, terminando sus extremos longitudinales en flecos, encima de los cuales bordan los indígenas, con sedas de varios colores: azules, verdes, amarillos, figuras de estructura angular, de dimensiones bastante grandes, equivale a nuestra faja o cinturón.

Estos bordados al colocarse el indígena la faja, hace que queden debajo del disco solar como complementos que a su juicio son del dios de las tempestades. Los diversos colores significan la beneficencia del sol.

Calzado: El calzado de los indios, suele ser de dos clases: una la constituyen los caites, los cuales consisten en una suela con tres cordones de cuero con los que aquella se sujeta al pie.

La otra, la forman las sandalias, calzado más completo que el anterior y que en la actualidad va poco a poco asemejándose a nuestro calzado.

El uso de los Xapaj, es muy antiguo, pues lo encontramos en multitud de figuras grabadas en piedra, y de él nos habla también la mitología indígena.

Finalmente, como complemento de lo que llevamos dicho, hagamos alguna referencia a los colores que empleaban los indígenas y a los artífices de su vestimenta.

El color que usan éstos en sus vestidos, tiene relación muy estrecha con los preferidos por los antiguos mayas; a saber, el negro que representaba para ellos el instrumento que utilizaban en la guerra, hecho de obsidiana; el amarillo simbólico para ellos del alimento principal el maíz; el rojo, color de la sangre que derramaban las víctimas en las sacrificios, y por último el azul era también color importante que lo empleaban los de sangre real.

Los colorantes que emplean son principalmente los vegetales, adquiriendo recientemente como mordientes: el sulfato de cobre, el dicromato potásico, una corteza llamada cascalote, y también el limón.

El color rojo lo consiguen con la grana, himenóptero del nopal, hoy en gran decadencia de Guatemala. Para una libra de lana emplean treinta limones como mordiente, esta cantidad se pone al fuego lento, y si se quiere más fuerte el color, se le añade una planta que los indios la llaman Chinchinegrito (Lantana camara).

En otras partes usan el achiote para el rojo.

Para el azul marino, lavan primero la lana en una solución de dicromato potásico; después de lo cual la sumergen en una tinta sacada del palo de Campe-

he (*Haemactoxilon campechianum*); para el azul oscuro empleaban el jiquilite (*Indigofera añil*).

Verde: para este color, previo el lavado de la lana con dicromato potásico, usan el palo amarillo (*Chlorophora tinctoria*).

En otras partes, emplean el líquido de cúrcuma (raíz de una especie de jengibre), añadiéndole campeche y añil.

Café: este color lo dan con la corteza del aliso (*Alisus acuminata*) machacada, previos lavados con agua de sal al fuego lento.

Amarillo: Lo obtienen de una raíz llamada camotillo (*Curcuma tinctoria*); y el violeta de la mora machacada. (1)

Los artifices de los vestidos tanto de los varones como de las mujeres, son indios. Ellos cortan, cosen y bordan las diversas prendas, limitándose las mujeres a tejer las telas y a ayudar a sus esposos y a sus padres.

La razón de esto tal vez esté, en esa servidumbre que respecto al hombre tiene entre ellos la mujer, y en ser éste uno de los pocos oficios entre los que practican los indígenas, en que el sexo fuerte puede mostrar su superioridad sobre el débil.

Sería interesante seguir a través de los monumentos arqueológicos, el desarrollo artístico alcanzado por este pueblo, en una de cuyas manifestaciones, el traje, mostró tan delicado gusto; pero por lo que a la capital se refiere esto no ofrece ninguna perspectiva.

No obstante, habiendo en épocas anteriores alcanzado este reino una extensión tan considerable que llegó por el norte hasta el Golfo de México, los numerosos monumentos de piedra y estuco existentes en esta vasta superficie prueban de la manera más convincente, el alto grado de civilización que consiguió.

Por eso el notable historiador mexicano Alfredo Chavero (2), refiriéndose a la prosperidad existente aquí en el siglo VI de nuestra era, escribe: El relieve nos sirve también para calcular las comodidades de la vida Quiché, y conocer los muebles que usaban y el ornato de sus habitaciones.

Ni entre éstos ni entre los mayas, se podría comprender la existencia sin comodidad alguna, que generalmente nos figuramos que llevaban nuestros indios.

---

(1) *Este tema lo vemos ampliamente tratado por el Dr. Federico L. Hahn en un artículo de la Revista «Ciencia» de México del 15 de Febrero de 1946 que lleva por título: Colorantes vegetales de Guatemala.*

(2) *Alfredo Chavero—México a través de los siglos, Tomo I, pag. 217.*

Los mismos trajes vistosamente tejidos, revelan ricos tapices y cortinajes, los cojines de caprichosos adornos suponen mullidos lechos, los adornos de bellísimas plumas acusan pabellones, plumeros y abanicos tan necesarios en aquellas cálidas tierras; ese sillón de grandísimos pies y brazos suntuosos, manifiesta la existencia de muebles lujosos, de sillería de forma caprichosa, de camas grandiosas, y extensas mesas para los festines; y en estos, entre danzas y cantos, mujeres ornadas de flores y colores brillantes, guerreros ataviados de oro y pedrerías y todo el lujo y todo el sensualismo de los antiguos reinos del Asia.

Y también como allá en los templos, ritos suntuosos, sacerdotes con trajes deslumbradores, fastuosas procesiones acompañadas de sonoros instrumentos músicos y de bailes fantásticos. Y también como allá, un pueblo alborozado llenando las anchas vías, mientras los guerreros con vistosos trajes y relucientes penachos, cubrían las gradas de las pirámides alzando al cielo sus vencedores arcos.

Y este cuadro no es una ficción, es el resultado preciso que en nuestros cálculos nos dan las cifras conocidas e indiscutibles, los monumentos que aún están en pie para atestiguarlo».

El traje que aun hoy día este pueblo conserva, no es sino un pálido reflejo del esplendor en que vivió en épocas pasadas; por él prueba el sentimiento artístico de que está dotado, como atestigua con su vida, el sentimiento religioso y de raza que posee.

